Homilía

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

7

HOMILÍA

En cada reunión familiar junto al brindis y a la comida, se deja un tiempo largo para el relato y la conversación. Nos interesa conocer lo que a cada uno ha sucedido y tratar de interpretar el sentido de esos acontecimientos: si el niño se cayó es bueno que aprenda a levantarse; si uno se enfermó queremos que aprenda a ofrecer sus sinsabores; si un hijo se graduó le felicitamos por sus esfuerzos y le enseñamos a ver las huellas de Dios en sus triunfos y derrotas. Esto es precisamente lo que hacemos en la Misa, cuando damos paso a la Homilía.

Homilía es una palabra sencilla y familiar, que se dice sin afectación ni aspavientos. Homilía significa conversación, y tiene lugar en cada celebración litúrgica, después de haber proclamado la Palabra de Dios.

Hablamos de Dios. Comentamos su palabra. Escudriñamos su mensaje. Nos enriquecemos con su sabiduría. Escuchamos la homilía con la certeza de que Él está presente.

La mejor homilía de la historia la hizo Jesús al ir a orar a la Sinagoga de su pueblo. Fue cuando le pasaron los escritos del Antiguo Testamento y Él eligió el texto del profeta Isaías: "El Espíritu de Dios está sobre mi, porque Él me ha ungido y me ha enviado…" Y cerrando el libro, mientras todos tenían fijos los ojos en Él, comenzó a decir: "Hoy se cumple esta palabra que ustedes acaban de escuchar".

Hacer una homilía no es distraerse en los recuerdos del pasado ni en repetir de manera entretenida lo que se acaba de escuchar. Jesús está vivo y presente. Siempre la Palabra "se cumple" en el mismo Jesús. Y por eso lo central de la homilía es mostrar cómo se vive en Jesús y cómo se aplica ese "hoy" a la realidad concreta del presente. De ahí el interés precisamente en escuchar.

Hacer una homilía no es sólo expresar buenos deseos. Es estar convencidos que la Palabra escuchada se realiza en el mundo de hoy y en los oyentes de la Palabra.

Una homilía, es pues, un acto de fe en la presencia del Señor. Es un acto de amor y de adhesión a su Palabra venerada. Es un acto de esperanza que proclama que nada hay imposible para Dios.

Una homilía no es una clase magistral ni sólo una exhortación moral. Antes que nada la homilía brota de un momento de oración, en que el ministro que la predica ha contemplado largamente lo que a otros va a comunicar.

Como sucede con todas las palabras, esperamos que una homilía sea bien dicha. Deseamos que el predicador combine la sabiduría con la amenidad. Esperamos

aprender algo nuevo de los misterios del Señor que se van cumpliendo en nuestra vida.

Sin embargo, todo ello, bueno y deseable, no es el corazón de la homilía. Lo que nos interesa es escuchar al mismo Jesús, que se pone de pie para decirnos que la Palabra de Dios se sigue cumpliendo en nuestra vida. Las modalidades de la homilía pueden variar, pero el fondo es ponerse atento al Señor que quiere hablarnos al corazón.

Del libro de la Biblia y del libro de la vida, surge la homilía. De lo que oramos y cantamos, en una celebración litúrgica, brota la homilía. Y de la homilía surge espontáneo el acto de fe, la ofrenda de la vida y la alabanza con que, en algunos minutos más, diremos que "es justo y necesario alabar a nuestro Dios".

Sugerencias:

1. Cantos: "Tu Palabra me da Vida", "Siembra, sin descansar".

2. Después de la homilía se puede hacer una breve procesión para besar el Libro de la Biblia, puesta en un atril, al centro del templo, con un letrero que diga "Hoy se cumple esta palabra que Uds. acaban de escuchar".